

cometer á los príncipes jóvenes, y cargada de nuevo con el peso de los negocios por este mismo hijo, que supo apreciar su mérito y su talento, fué un modelo de virtud en todos los sucesos de su vida. Su mansedumbre, su paciencia y su generosidad con los que la habian perseguido, la hacen admirar como un prodigio en unos tiempos en que la virtud era tan rara. No tuvo otra ambicion que la de hacer reynar á Dios, y de restituir á la Iglesia el antiguo esplendor que las desgracias públicas le habian hecho perder.

Si alguna cosa habia que pudiese consolar á la religion de los males que padecia, y de los vicios que la desfiguraban, eran sin duda los progresos maravillosos que iba haciendo el christianismo en el Norte. En los siglos antecedentes lo hemos visto penetrar allí por medio de los trabajos de muchos varones apostólicos que se dedicaron á la conversion de los pueblos bárbaros que habitaban estos climas desconocidos á los antiguos señores del mundo. En ellos se extendió mas y mas, y se afirmó de un modo sólido en el discurso de este siglo. Subamos al origen de estos sucesos tan gloriosos á la religion, y fixemos su época en quanto nos lo permita la obscuridad de que estan cubiertos estos tiempos antiguos.

Ya hemos dicho que la diligencia de san Anscario, obispo de Hamburgo, y uno de los apóstoles del Norte, habia llevado la luz del Evangelio á la Dinamarca á mitad del siglo IX. Erico I. que reynaba entónces, impidió á los principios el zelo del santo misionero, y persiguió á los christianos; pero despues se hizo protector suyo, conocidas las virtudes de aquel que habia venido de tan léjos, y con tantos trabajos á predicar la fe á sus vasallos. Este príncipe permitió por un edicto solemne el exercicio de la nueva religion, y recibió el bautismo. A imitacion suya los señores dinamarqueses con una parte del pueblo renunciaron el culto de los falsos dioses, de suerte, que muy en breve sobrepujó con mucho el número de los christianos al de los idólatras; pero habiendo subido al trono algun tiempo despues Erico II. todavía niño, abusando sus ministros de su autoridad, encendieron una violenta persecucion contra esta Iglesia recién nacida. Derribaron los templos erigidos al verdadero Dios, degollaron á sus ministros; y el pueblo, mal afianzado en la fe vol-

vió de tropel á su primer culto. Anscario, que habia empezado otra mision en Suecia, acudió al socorro de sus christianos; buscó á Erico, y le habló de Dios con tanta eficacia, que lo convirtió á la religion christiana, de la qual fué despues uno de los mas zelosos defensores. El christianismo experimentó alternativas continuas de favor y de persecucion en este reyno hasta el reynado de Haroldo ó Heraldo, que subió al trono hácia el año 935. Este príncipe hizo la religion de Jesu-christo dominante en sus estados, concediendo su proteccion á los predicadores evangélicos, y mandando edificar crecido número de iglesias. Pretenden que se convirtió con los milagros obrados en su presencia por san Poppon, obispo de Slewic. En su reynado se extendió el christianismo muy léjos en estas comarcas; pero habiéndose revelado contra él Suen ó Suenon su hijo, se declaró por la antigua religion, y persiguió á los christianos: verdad es que en adelante reconoció su delito, y para repararlo se hizo christiano, y protegió la fe que habia perseguido, la qual penetró entónces en la Noruega, en Jutlandia, y hasta la isla de Fionia. Erigieronse obispados, que estuvieron sujetos al arzobispo de Hamburgo; y á pesar de las costumbres duras de estas naciones septentrionales, derramó Dios sus bendiciones sobre las iglesias que se habian formado allí.

La Suecia habia sido tambien el objeto del zelo infatigable de san Anscario, pero despues de su muerte desfalleció esta mision por muchos años por falta de obreros que continuasen la obra que el santo apóstol habia comenzado. Hunni, arzobispo de Brema, animado del mismo espíritu y del mismo valor, se entregó generosamente á esta empresa. Encontró la religion christiana casi aniquilada en este reyno; y no sin inmensos trabajos pudo conseguir levantar esta iglesia de sus ruinas. Sus sucesores san Adaldago y san Libencio siguieron sus huellas. A fuerza de paciencias y de diligencias abrieron los ojos á un crecido número de infieles. Otros dos misioneros llamados Odincar el Viejo, y Odincar el Mozo, trabajaron con fruto en extender el reyno de Jesu-christo en estas regiones salvages. El segundo de estos varones apostólicos fué ordenado obispo de Ripen, en el Jutlan, por san Libencio. El christianismo se mantuvo en Suecia, pero sus progresos fueron lentos hasta el reynado de Olao II. en el

año 963. Este príncipe envió embaxadores al rey de Inglaterra Etelredo, pidiéndole ministros evangélicos que viesesen á instruir á sus vasallos en las virtudes de la religion. Etelredo para corresponder á sus deseos le envió á Sifroi, Eschild y David, personas instruidas y llenas de zelo. Enterado Olao de sus instrucciones, fué bautizado con agua de una fuente que todavía se nombra fuente de san Sifroi, del nombre de uno de los tres misioneros, que fué el instrumento de que Dios se valió para guiarlo á la verdad. Su exemplo lo siguieron un crecido número de suecos, y desde este tiempo fué acrecentándose visiblemente el christianismo, de modo, que en el Reynado de Amundo Kosbrenner, hijo y sucesor de Olao, llegó á ser la religion dominante en Suecia.

Hacia el año 965, Misceslao, duque de Polonia, llamado Miesko por haber nacido ciego, habiéndose casado con la hija de Boleslao, duque de Bohemia, que era cristiana, persuadia esta princesa á su esposo que abrazase la religion que ella profesaba. Correspondiendo Misceslao á los deseos de su esposa, recibió el bautismo, y para prueba de su conversion repudió siete concubinas que mantenía, segun la costumbre de los príncipes idólatras de aquellos tiempos. El Papa Juan XIII. envió misioneros á Polonia para predicar allí la fe, á cuyos trabajos deben su origen las sillas de Gnasna, de Cracovia, y de las otras ciudades principales. Estas iglesias se hicieron en poco tiempo numerosas y florecientes. La observancia de las leyes del christianismo era apoyada por la autoridad civil, baxo las penas mas rigurosas, y era tal el apego de estos nuevos christianos á la fe, que sacaban el sable hasta la mitad de la vayna mientras se leía el Evangelio en la misa, para manifestar que estaban prontos á pelear en defensa de la religion: uso muy conforme con el genio militar de estos pueblos, y que se ha conservado entre ellos hasta estos últimos tiempos.

Este Boleslao, duque de Bohemia, cuya hija contribuyó con la conversion de su esposo al establecimiento de la religion christiana en Polonia, suplicó al papa Juan XIII. el año 968 que erigiese un obispado en Praga, capital de sus estados. El pontífice accedió á su súplica con la condicion de que esta iglesia siguiese el rito latino. Dimar, monge saxon, fué el primer obispo de esta silla, varon

piadoso y sabio, cuyo zelo por la propagacion de la fe lo ayudó felizmente Mlada, hermana de Boleslao, princesa de eminente virtud, que habia consagrado á Dios su virginidad. Esta fué en peregrinacion á Roma en el pontificado de Juan XIII. para aprender allí las reglas de la disciplina monástica. El papa la recibió honrosamente, y le dió la bendicion de abadesa. En esta ceremonia le mudó su nombre en el de María, y le entregó un exemplar de la regla de san Benito, segun la qual habia de gobernar el monasterio de religiosas, fundado por el duque su hermano. A su vuelta llevó carta del papa para la ereccion del obispado de Praga, en la qual se explica en estos términos: "Habiéndonos pedido vuestra hermana, de parte vuestra, nuestro consentimiento para la ereccion de un obispado en vuestro principado, hemos dado gracias á Dios que extiende su iglesia entre todas las naciones. Por tanto queremos que se haga silla episcopal la iglesia de los santos mártires Vito y Vinceslao, con la condicion, sin embargo de que no seguireis el rito de los búlgaros y de los rusos (este era el rito griego), y que no usareis de la lengua esclavona en las ceremonias de la religion." (Esta era la lengua vulgar de los polacos y de los otros pueblos del Norte). El mártir san Vinceslao, de quien se hace mencion en esta carta, era nieto de Bórivois, el primero de los soberanos de Bohemia que profesó el christianismo. Padebió martirio por la fé en una persecucion que se encendió contra los christianos en este pais el año 930.

Los principios de la religion christiana entre los rusos tienen por época el siglo IX. San Ignacio, patriarca de Constantinopla, envió para trabajar en la conversion de este pueblo un obispo que les llevó el rito y usos de la iglesia Griega, que siempre han conservado. El año 956, Elena, que reynaba en Rusia, pidió al emperador Oton el Grande un obispo y sacerdotes para instruir á su nacion en los dogmas de la fe; pero no vemos que los ministros que se dedicaron á esta mision hayan hecho gran fruto. Así que no se puede referir el verdadero establecimiento del christianismo en Rusia, sino al Reynado de Volodimiro. Este príncipe pidió á los emperadores de Constantinopla, Basilio y Constantino, su hermana en casamiento, prometiendo hacerse christiano. La princesa, que nom-

bran los griegos Ana, y los rusos Anastasia, se la llevó por mar á la ciudad de Kersonna, que acababa de tomar á sus enemigos. El estaba ciego, y su esposa le prometió que recobraría la vista recibiendo el bautismo. Verificado lo qual, convirtió á la fe á todos los señores que habian acompañado á Volodimiro en su expedicion. Este destruyó todos los ídolos, y los mandó arrojar en el Dnieper, despues de haberlos hecho arrastrar ignominiosamente por las calles: recorrió en persona sus estados para instruir á sus vasallos, y hacerlos bautizar: mandó venir de Constantinopla artifices de todas facultades para edificar iglesias, y fabricar vasos sagrados. El patriarca Nicolas Chrisoberga le envió un obispo, llamado Miguel Siro, que fué creado primer metropolitano de Kiobía. Chrisoberga estaba en comunión con la santa Sede; y así es falso, como algunos lo han sentido, que los rusos hayan empezado á ser cismáticos al mismo tiempo de hacerse christianos,

ARTICULO VI.

Estado de la iglesia de Roma, y carácter de sus pontífices en el siglo décimo.

Este siglo es, si es lícito hablar así, el triunfo de los protestantes. Las escenas escandalosas, de que Roma fué teatro, los medios violentos y culpables de que se valieron muchos papas para subir á la silla pontificia, ó para mantenerse en ella; las costumbres corrompidas de unos, la vida poco exemplar de otros, y la política falsa, engañosa é interesada de casi todos, han suministrado á los enemigos de la religion católica los medios de ejercer su malignidad contra ella con alguna especie de ventaja. Los incrédulos modernos, que recogen indistintamente todo quanto se ha dicho y refutado ántes de ellos, y que no reparan en que sean meros copiantes, ó vanos ecos de los que los han precedido, con tal que acumulen objeciones y sátiras, no cesan de repetir lo que los teólogos reformados han escrito sobre esta materia; pero los protestantes con todo su saber no han advertido que si la santidad de una religion dependiese de la de sus ministros, hallaría la reformada su condenacion en la historia de sus patriar-

cas, y los incrédulos con toda su penetracion no ven, que aun quando consiguiesen probar que todos los papas del siglo décimo han sido perversos, infames, dignos del último suplicio, estarian todavía muy distantes de haber demostrado que el christianismo no es una religion rebelada. Nosotros, mas equitativos que unos y otros, vamos á referir los hechos con la mas cabal imparcialidad, expresando asimismo el carácter de los pontífices romanos de este siglo, sus vicios, sus defectos, sus extravíos, sin disimular nada; y concluirémos esta discusion histórica con reflexiones sacadas de la naturaleza de las cosas que habrian hecho los mismos protestantes, y aun los incrédulos, que se han esforzado á ponderar mas que ellos, si no estuviesen poseídos de pasion.

Veinte y cinco papas ocuparon la cátedra de san Pedro en este siglo, entre los quales hay bastantes que han dado materia á la censura; pero tambien hay no pocos que han tenido talento y virtud, y cuyas faltas se deben achacar en parte al genio del tiempo, y á la desgracia de las circunstancias en que se han hallado. Verémos asimismo, que si algunos hicieron gemir la Iglesia, y escandalizaron á sus hijos con una vida desarreglada, otros honraron su puesto con costumbres puras, y con un zelo verdaderamente pastoral. Sigamos el paso de la historia, sin llevar otra guia que la verdad.

Juan IX., que los monumentos antiguos nos representan como un pontífice prudente y piadoso, habia muerto el año 900, despues de haber ocupado la silla poco ménos de dos años y medio. Benedicto IV., de este nombre, que fué digno por su sabiduría y virtudes de ser colocado en la primera silla del catolicismo, fué elegido para suceder al pontífice Juan. Fué recomendable por su amor por el bien público y su liberalidad con los pobres; pero su pontificado fué demasiado corto para la gloria de la religion y la felicidad de Roma, pues no ocupó la silla apostólica mas que dos años y algunos meses.

Leon V., natural de Ardea, fué electo canónicamente en lugar de Benedicto; pero seis semanas ó dos meses despues de su exáltacion fué despojado de su dignidad por Christóbal, romano, de nacimiento distinguido, que era su capellan, y que no gozó mucho tiempo de su usurpacion, porque al cabo de unos seis meses fué echado por